Vía Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

MAYO
1920
Año I. — Núm. 8

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I. | Buenos Aires, Mayo de 1920 | Núm. 8

1. de Mayo

Es la aurora. La clase trabajadora busca su propia liberación. No está emancipada aún. Su situación en la sociedad es inferior a la de otros hombres y desea un estado de justicia reparadora.

¿Por qué no darle al trabajador lo que pide, que es simplemente el derecho a la vida?

¿Por qué pretender de él una vida de paria?

El alimento es inferior, escaso y adulterado. La habitación es incómoda y antihigiénica. El vestir es grosero y deforme. El trabajo es inhumano y desproporcionado. La educación insuficiente. El respeto es humillante. La sociabilidad brutal.

¿Por qué justificar su vida de bestia?

No, no hay el derecho de exigir del trabajador una resignación a un estado contrario a todo principio de convivencia social.

Desaparecido el derecho divino; sepultada en el ridículo la gente de sangre azul; establecido el principio de la igualdad política; ¿por qué mantener la usurpación de la riqueza por los menos y permitir un privilegio absurdo y degenerativo?

Es la aurora.

Mayo es el símbolo del nuevo fruto, el símbolo de la emancipación definitiva del hombre.

Por ello los trabajadores saludan el día primero del venturoso símbolo, y por ello también los buenos suben a la horca o caen abrasados por los rayos deslumbrantes del nuevo sol.

Es la aurora.

¡TODOS LADRONES!

Así como el matrimonio produce el adulterio, la autoridad al rebelde, y la religión al fanático, así también la propiedad individual produce al ladrón.

Observad todas las clases sociales, y por doquier hallaréis el robo.

Proudhon no pudo hallar mejor definición para este monstruo que gobierna la vigente organización social, que diciendo: *La Propiedad es el Robo.*

¡Todos ladrones! — El comerciante llama a su robo *un buen negocio,* el banquero lo denomina *una bella especulación,* el industrial lo califica de provechoso hallazgo. — Y entre tanto nos engañan a todos, y para salir bien de sus especulaciones arrojan la miseria sobre regiones enteras, envenenan a los consumidores y son traidores a sus colegas...

Todo es lícito, todo se olvida cuando se trata de *ganar;* lo que equivale a decir apropiarse de riquezas ajenas.

¡Sociedad de ladrones!

Es notorio que bajo el reinado de Luis XIII y de Luis XIV nadie se deshonraba por haber robado en el juego. Hoy ya se ha progresado, como es lógico, porque también se ha desarrollado la propiedad burguesa. Con efecto, quien más especula, que equivale a decir quien más roba, es llamado hombre industrioso y quizás hasta benemérito de la región en la cual fraudulentamente se ha enriquecido.

Ante el interés hijo de la propiedad individual, la moralidad, la amistad, la voz de la sangre y del corazón, desaparecen por completo. El interés, sobre todo, surge, y todo lo corrompe.

¿Qué hombre más triste, más repulsivo que el usurero? Pues este hombre no es más que un ingenioso capitalista.

¡Todos son ladrones!

La organización de la propiedad, es también la organización del robo.

Ya no hay distinción entre las clases sociales, cuando se observan en el paroxismo del robo.

Es una mezcla bizarra e incalificable de hombres y de cosas, de pasiones y de delitos, de debilidades y bribonadas, de derechos y de prepotencias, de necesidades y de ambiciones; una comedia repulsiva, un drama horrible, en el cual toman parte bufones y tiranos, y cuyo protagonista es *el egoísmo.*

Alrededor de la propiedad, cada cual se arrolla, se pelea y se embrutece.

De ella depende la existencia de cada hombre, e influye sobre sus más ínfimas interioridades.

La propiedad compra y vende al jornalero, a la prostituta, al empleado, y determina las acciones de todos, desde el estadista hasta el agente de policía.

¡Existiendo la propiedad individual existirán los ladrones!

El propietario es la negación de la moral, porque es egoísta; es la negación del derecho, porque es privilegiado. El robo es la apología de la propiedad.

Los rateros; aquellos que salen del pueblo oprimido por la miseria; que roban un pan, una cartera, un vestido ¿cómo se les puede definir?

Nuestros adversarios se divierten llamándoles socialistas o anárquicos y no tienen razón.

Estos rateros no son más que abortos de la sociedad burguesa, basada en el robo, la rapiña y la inmoralidad.

Ellos combaten y luchan por la existencia, sirviéndose del único medio que tienen a su disposición, que es la violencia.

Y con efecto ¿a qué aspiran? A apropiarse lo que no es suyo; lo propio que hace el banquero con sus jugadas de bolsa, el capitalista con sus provechos de la mano de obra, el comerciante con sus especulaciones, y el industrial con sus engaños.

Hay, sin embargo, una diferencia, y es la siguiente: estos últimos, o sean los ladrones privilegiados, engañan al prójimo con gracia y a la sombra de la ley por ellos hecha, para enriquecerse únicamente. Los primeros o sea los rateros no hacen, en cambio, más que procurarse los medios de poder satisfacer las necesidades más urgentes de su vida, exponiéndose a sufrir los severos castigos del Código penal.

En suma; la diferencia se puede reasumir así; los unos violan las leyes naturales, apropiándose más de lo que necesitan, y lo hacen vilmente por que son protegidos por la autoridad. Los otros ejercen un sacrosanto derecho natural, como es el de la subsistencia, y lo hacen con valor porque afrontan graves castigos.

Fácil es distinguir al que resulta favorecido con este paralelo matemáticamente exacto.

¡Todos son ladrones!

No hay excepción. La propiedad atrae a todos y cada uno procura arrebatarla de las manos de los demás. Hallaremos al ladrón legal, y al ladrón ilegal, pero siempre será ladrón.

Y sin embargo, este sentimiento obsceno que deforma la naturaleza del hombre, que siembra odios, que levanta barreras, que abre prisiones, este egoísmo insensato debe desaparecr.

Y desaparecerá cuando se haya abolido la propiedad individual; cuando la tierra, los instrumentos del trabajo, cuando todas las riquezas sean patrimonio común.

La asociación internacional de los trabajadores

Las diversas revoluciones de Europa que arrojaron fuera de su patria a todos los desterrados o emigrados, dieron un resultado importantísimo en la historia, ayudaron a constituir agrupaciones nuevas aparte de los sentimientos exclusivos, siempre mezquinos, del origen nacional. En aquellos barrios del centro de Londres, donde, por un fenómeno de agregación debido a la necesidad del apoyo mutuo, se hallaban todos los revolucionarios extranjeros, Italianos de Venecia, de Génova y de Roma, Españoles de Barcelona y de Valencia, Parisienses y Badenses, Polacos y Rusos, la alianza había de hacerse: la comunidad del objeto, de los intereses y de los medios empleados producía una concordancia al menos parcial entre los proscritos, a pesar del obstáculo que oponían las diferencias de costumbres y de lenguaje como también las rivalidades de las ambiciones de los que codiciaban el poder. De ese modo se constituía una especie de gobierno oculto de los Estados Unidos de Europa, sin que la orgullosa Inglaterra se dignase conocer los actos de los hombres caídos que le habían pedido un asilo y que trabajaban para la reconstrucción del mundo. Constituía ciertamente un hecho político de primer orden aquel intento de acuerdo internacional en vista del establecimiento de un nuevo equilibrio europeo basado sobre la libertad cívica y sobre la representación equitativa de todos los intereses; pero los compromisos recíprocos tomados por los contratantes carecían de la sanción popular, única que podía darles la realización futura, y ocurría además que la mayoría de aquellos hombres políticos, habían participado en el gobierno de su país de origen, y no aplicaban un absoluto desinterés a la realización de su misión.

Cuánto más importante que aquella concordia provisional entre personajes de diversas naciones fué la otra Internacional, la que nació espontáneamente entre trabajadores y hambrientos pertenecientes a todas las naciones que se reconocían hermanos por la voluntad común. Los astrónomos, los geógrafos, los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta, y unos humildes obreros ingleses, alemanes, suizos y franceses, sintiéndose dichosos por amarse en razón de que habían sido destinados a odiarse y que se expresaban difícilmente en una lengua que no era la suya, se estrechaban en un mismo grupo y se unían para formar una sola nación, despreciando todas las tradiciones y las leyes de sus respectivos gobiernos. Esa unidad moral, esa humanidad de que en otro tiempo hablaban los filósofos y

que la mayoría consideraban como un sueño imposible, comenzaba a tener un principio de realización en las calles tristes y fangosas de Londres, bajo la niebla pesada y peligrosa.

Los principios de la obra fueron poca cosa y apenas pueden distinguirse sus orígenes, que son numerosos y qué se hallan muy lejos en el pasado, como las raíces y las raicillas de un gran árbol que se buscan y se estudian entre las hendiduras de la tierra. A justo título pueden señalarse diferentes grupos socialistas, aun antes de la revolución de 1848, como precursores de La Internacional, y algunas vanidades de partido se han aprovechado de ello para atribuirse la gloria de haber dado el impulso decisivo a ese movimiento. El hecho es que después de múltiples iniciativas, la nueva sociedad apareció en 1864 en las reuniones populares de Londres, absoluta y definitivamente consciente de su objeto, hablando un lenguaje cuyos términos todos habían sido escrupulosamente precisados, porque los hombres que los pronunciaban se dirigían al mundo entero y sabían que sus palabras serían oídas de siglo en siglo. Comprendiendo que «la emancipación de los trabajadores no se haría sino por los trabajadores mismos», la Asociación Internacional apelaba a todas las energías de los que trabajan para combatir todo monopolio, todo privilegio de clase, y les ponía en guardia contra toda participación en las pasiones y en las intrigas de la política burguesa. En su contenido general, el manifiesto de los obreros internacionales resonaba como un grito de guerra contra todos los gobiernos; pero, sobre éstos, se dirigía fraternalmente a todos los hombres, entre los cuales «la verdad, la justicia y la moral debían constituir la línea de conducta, sin distinción de color, de fe ni de nacionalidad. No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes!» Quizá sobraba en esta proclama de los obreros asociados la palabra «fe», porque el hombre que cree en un poder sobrenatural y se conforma ciegamente con las órdenes que supone se le envían desde el cielo no puede comprender la libertad, y, por consecuencia, no puede pertenecer a una asociación de compañeros que reivindican sus derechos y se disponen a conquistarlos.

Grande fué la emoción en el mundo de la clase poseedora que se distribuye los beneficios y hace trabajar en su provecho a las multitudes de campesinos y obreros. Impulsada por la lógica de las cosas, que muestra en el presente la realización del porvenir, la burguesía se imaginó que la gran masa obrera formaba parte de la flor del proletariado agrupado en una Internacional, y en su terror creyó ver de repente miles y miles de obreros hostiles ponérsele frente a frente. Fué aquella una ilusión de que se vengó después aplicando las prisiones, los destierros y los fusilamientos en masa; mas por escaso que fuera al principio el número de los hombres conscientes de la fuerza de la idea, comprendiendo el antagonismo absoluto del trabajo libre y del monopolio capitalista, las persecuciones no podían aniquilarla. Esta vez la semilla se había arrojado sobre una tierra favorable. En Francia, especialmente, se tuvo la candidez de creer, después de la

Comuna, que las leyes, los decretos y las amenazas de proceso habían suprimido la Internacional, que la simiente había sido extirpada o esterilizada; pero quede el nombre o desaparezca, que las etiquetas cambien o se modifiquen, nada importa al hecho que permanece cierto, firme, inquebrantable como un decreto del destino. ¡La Internacional es el producto mismo de la civilización contemporánea! Los trabajadores se han salvado de la ignorancia primera: saben y sabrán cada vez con mayor certidumbre que sus intereses son los mismos acá y allá de las fronteras y de los mares, sobre toda la superficie del globo, que su patria se empequeñecerá constantemente comparada con la gran patria que es la Humanidad.

Por más que los gobiernos combatían la Internacional en uno de sus elementos, la Internacional obrera, no dejaban de ser arrastrados por el corriente de la historia hacia manifestaciones que habían de dar el mismo resultado: también ellos trabajaban por el empequeñecimiento de los límites nacionales, sobre el continente de Europa: las redes de ferrocarriles se enlazaban unas con otras en mallas cada vez más numerosas; se abría un subterráneo debajo de los Alpes para unir Francia e Italia, mientras que en la América del Norte se plantaban rieles apresuradamente sobre las mesetas y los desiertos de las Rocosas para poner en comunicación, a través de los Continentes, los dos grandes puertos del Atlántico y del Pacífico, New York y San Francisco.

Elíseo Reclus.



LA VERDAD

Gregorio el Grande ha dicho: «Se pretende que la verdad escandaliza, pero es más útil dejar nacer el escándalo que hacer callar la verdad». Estar persuadido de la existencia de un mal y no denunciar este peligro, es propio de encubridor indigno; estar convencido de la bondad de una idea y no defenderla con la frente alta, es una torpe cobardía.

Las ideas progresan precisamente según el valor mental (y en buenos casos también material) de los convencidos. Es una gran cosa saber arrastrar el ludibrio de los imbéciles y poseer la firmeza necesaria para no negar jamás el ideal que hace latir el corazón. Así es como se imponen las idea nobles a los sofismas de los más hábiles tramoyistas de la *ciencia* oficial; así es como a los ojos del mundo un ser débil y de constitución raquítica puede transformarse en un coloso.

La verdad no puede decirse sin correr el riesgo de ser burlado, perseguido o incriminado. Pero todo esto, cuando se la siente y existe la fuerza de la convicción, no hace sino aumentar la tenacidad del convencido, que a pesar de todo se considera más fuerte cuando más se le escarnece y con más saña se le persigue. Ibsen ha reflejado esto mismo en su grandiosa producción: *Un enemigo del pueblo;* el doctor Stockman se siente más fuerte que nunca ante el escarnio de todos, porque él es poseedor de la verdad que aquella mayoría no llega a concebir. Pero se siente más fuerte precisamente porque ve la necesidad de hacer conocer la verdad a aquellas gentes y comprende al propio tiempo cuan árdua ha de serle la tarea que debe realizar.

Ciertamente que la actitud del individuo no atañe a la idea en sí; pero cuando se tiene el valor de sostenerla aún frente a la represión más encarnizada, se aviva el deseo de conocer està idea por tan firmes campeones defendida. Los cristianos que no retrocedían a pesar de ser arrojados a las fieras, acabaron por atraerse las simpatías de las gentes y su causa ganaba terreno día a día.

A pesar de los cánticos de gloria, aun en nuestros días la mentira es la norma de todo: miéntese al hablar de un Dios; miéntese al hablar de propiedad legalmente adquirida; miéntese al hablar de gobierno necesario para el orden social. A todos nos toca, pues, buscar la verdad; y si la hallamos aún en los radicalismos extremos, desechemos ridículos escrúpulos y tengamos la audacia de decir bien alto lo que pensamos.

José Enrique Rodó

(Conferencia dada en la Liga de Educación Racionalista, en julio de 1917).

Allá, en la Isla de las aguas cristalinas, en la tierra del Etna, volcán milenario y siniestro, en la fértil tierra de los terribles vengadores, en la isla que yace al pie de la península itálica, en la soberbia, aristocrática y muelle ciudad de Palermo, mar riente y cielo cándido; ciudad de nombre ilustre por su glorioso pasado, de heroísmos y de supremas rebeldías, allí dejó Rodó su preciosa existencia, en una suave y romántica tarde de enervante primavera. La tierra templada atravesada por límpidas aguas de manantiales milagrosos, lo recogió muellemente como cuando una madre buena abrazara el cuerpo inerte de su hijo predilecto al saber de la soledad de su último y convulsivo aliento.

Y la mar encrispada de las aguas caprichosas, siguió inconscientemente su estridente movimiento rumoroso y monótono. La muerte de un hombre, por más grande que sea éste, no le importa a la mar riente. Las aguas espumajean ante el dolor como ante el placer. La playa tiene el lenguaje de las almas, sufrientes unas, rebosantes de vida otras.

La noticia llegó velozmente en tierra madre y la pasión se desbordó entre las gentes de la nueva troya, como la tildaron los historiadores modernos, de la Atenas del Plata, como la decimos nosotros, los visionarios perdidos en la selva de la deslumbrante luz de la aurora.

Rodó muerto se transformaba ante los ojos de sus conciudadanos en un Dios ido, en un Cristo elevado vertiginosamente entre las nubes celestiales de la gloria.

Y creado, por obra macabra, el ídolo... la leyenda se hundió en la imaginación calenturienta del pueblo: La gloria póstuma.

Ah la gloria póstuma de los escritores es una ironía aguda y punzante... es un estileto envenenado que se infiltra quedo y por la espalda en la palpitante carne del sacrificado.

Rendir pleito homenaje al escritor muerto, es el gesto de los que buscan una oportunidad propicia para exhibirse y para congraciarse con el público.

La gloria ajena es la sala iluminada en donde la cocotte perversa luce las galanuras de sus encajes de oropeles.

Todo es bello entonces, hasta las horas angustiosas, hasta el dolor, hasta el repudio. Todo es grande y noble...

Hay que morirse para saborear la fruición de la gloria, el delirio de la popularidad, el bautismo del genio, la apoteosis del justo.

Y con este muerto, al igual que con otros, se ha repetido la cantinela de los panegíricos, de las conmemoraciones y de los discursos apologéticos.

Así con Herrera y Reissing, con Almafuerte, el formidable hermano de Víctor Hugo, el sublime claudicador, con Florencio Sánchez, genio inmortal de la América latina, el plasmador de los muertos de la vida, el forjador del tipo mezcla, del tipo único que soñara Rodó, el bohemio sublime que da lecciones de cordura a los hombres graves de su patria con sus famosas e inmortales páginas «Cartas de un flojo» y que inspira a Herrerita, el otro bohemio sumido en la impotencia del terrible morbus, a escribir su "León ciego", admonición de buen sentido y de alto concepto de la vida colectiva.

Hay que morirse para ser profanado por los sepultureros profesionales, que suelen remover la fosa eterna para escarnio de los contemporáneos y vergüenza de las generaciones futuras.

Si con la muerte de éstos iluminados cambiara la moral de algunos, se podría quizás apreciar una muerte prematura, pero nada cambia, queda únicamente el vacío.

Empero, el esteta ha surgido de pronto a la luz y ha alumbrado la vida interior de sus cercanos contemporáneos.

Y la crítica, maldiciente, insana y perversa, se ha trocado en benevolente y humana. La crítica de los críticos ha dicho de Rodó su última palabra, la palabra estudiada y profesionalmente hecha.

La gloria póstuma de los escritores es el llanto de la esposa infiel que ante el cadáver de su consorte llora y ríe, llora al pasado perdido, ríe al porvenir que se le abre de ansiosas esperanzas para su mágica existencia.

El crítico en este caso se identifica a la mujer adúltera... Engaña y gruñe, y cual bufón de Corte divierte cínicamente a su inexperto auditorio.

Y basta ya de divagaciones y de ataques. Al romper lanzas y al seguir así me llevaría muy lejos y quizás podría llegar a herir muchas susceptibilidades.

¿El por qué vengo aquí yo también a hablar de Rodó después de su muerte cuando no lo he hecho durante su vida?

Confieso: La necesidad de un tema, de un motivo, de un argumento, me ha traído a los labios el nombre de Rodó. No por el hombre en sí, no por sus virtudes y sus defectos, ni tampoco por su arte literario, que como arte subjetivo está por encima de todo juicio crítico, sino porque sus ideas me han sido

afines, porque sus ideas sin ser rebeldes forman parte de las mías, esas ideas que sus falsos panegiristas no han mencionado siquiera porque no las entienden ni son suficientemente capaces para llegar a entederlas, porque sus ideas plasman nuevas concepciones ideológicas y nuevos porvenires humanos.

Sí, sus ideas, sus ideas espirituales, su teoría de la vida interior, de esa vida desconocida para los que ven y los que oyen, de esa vida que hoy sólo pueden gozar algunos privilegiados sordomudos.

Ariel, espíritu dominador del vasto horizonte, domina también el horizonte cerebral del pensador.

Ariel inspira los discursos de Próspero, el maestro mirífico de la juventud, de esa juventud que deberá guiar al mundo y que se halla impregnada de morbosidades virulentas dado la herencia psicológica dejada por sus abuelos carnudos y pestilentes.

Y Próspero resuelto inyecta savia nueva en el alma muerta de la juventud de América.

Se remonta al pasado y se eleva hasta el alma helénica, recordando con nostálgico placer el noble ocio elevado por aquéllos a la categoría de sublime virtud, para después embelesarse con las bellezas de sus dioses y con las desnudeces esculturales de sus ninfas.

Vuelve luego sobre sus pasos y al enfrentarse con el presente impreca amargamente contra una mentida civilización, contra un efímero y engañoso progreso. Ante su mente surge Roma con sus suavidades latinas y con sus bruscos gestos de gladiadores. Canta odas al alma de Roma y al cerebro de Atenas; recuerda sus poetas excelsos, sus artistas inmortalizados, sus filósofos únicos y toma ante el público de América la actitud irónica de un Sócrates, de un Sócrates más humano, más bueno, más sincero.

Es que Próspero no es el sofista, no es el tribuno: es el maestro, y el maestro, para conservar dignamente su oficio, debe ser sincero, serio, inflexible.

Y su lamento se vuelve protesta, ante el absurdo desenfreno de las pasiones bastardas, y ruge: Todo es mercantilismo. Ya no se trabaja para la gloria — la aspiración más alta del pensamiento — sino para arrastrar la vida animal de la mejor manera posible. La aristocracia no existe, ha pasado a la historia como un algo que fué, y su recuerdo representa un sueño sublime y no una hermosa realidad. El arte griego no es humano, el arte griego fué una obra fantástica y no puede representar para nuestros contemporáneos, más que una producción mecánica hecha por espíritus diabólicos al calor de la hoguera del infierno.

Y Próspero ríe. ¿Entedéis la ironía?

Y los poetas: Horacio, Virgilio, Dante, son figuras ideales forjadas por la imaginación del hombre, figuras que no han existido jamás...

Y la tragedia griega es sombra, no realidad. Los que han querido modernizarla, elevándola a la cima de un arte verdadero, son seres extraños a nosotros.

Vosotros, poetas americanos, insensatos, ¿por qué venís aquí a distraer con vuestros cantos a esta generación de eunucos?

En América ya no quedará ni polvo de la Atlántida misteriosa. Los mercaderes han sucedido a los felices pregoneros del amor.

Y Próspero ríe modestamente, señalando a la juventud el peligro cercano.

El materialismo yanqui le asusta al maestro; sin rechazarlo en absoluto, lo repudia porque infecta, porque «carece de cultura refinada, porque es asaz utilitario». Ese utilitarismo que vuelve a los hombres lobos del hombre. (*Homo, homini lupus*).

Clama, pues, para el imperio de un tipo latino americano. Noble y fuerte, sentimental y generosamente soberbio.

Clama, para que surja el hombre superior y guíe a las multitudes perdidas en medio del camino de la vida y las plasme en un tipo único para espejo y enseñanza del universo.

Quiere, pues, una aristocracia del talento, y no el imperio de las mediocridades; ese imperio retrasa la marcha ascensional de los pueblos y conduce a una demagogía perjudicial y regresiva.

Sólo lo excelso puede vislumbrar. La política debe desarrollarse como una obra de arte, debe adornarla una veste densa de finísimo tul. La veste es la super-cultura que sólo el hombre superior puede llevar con garbo y elegancia.

Y ese hombre superior es humano, no fantástico; humano, demasiado humano, porque está cerca de la personalidad más perfecta del tipo hombre — hermanos de los hombres: Cristo.

Rodó es cristiano. No nos avergoncemos por ello. Si Próspero señala a la juventud la civilización greco-romana, es bajo el aspecto estético-sentimental. Falta a esa civilización la perfección moral, ausente entre aquellas sociedades progresivas. La perfección moral y humana la realizó el cristianismo, el cristianismo puro, el cristianismo que Renan describe con su pluma de magnas dimensiones. El cristianismo que fundó el concepto de la vida interior, de la conciencia del alma humana.

¿Por qué no decirlo? El hombre en la edad pre-cristiana no obedecía más que a sus instintos adornados de un sensualismo refinado. Se desconocía la piedad. Sócrates mismo era cruel con sus sofismas verídicos. Convencía al ciudadano de Atenas de su imbecilidad para reirse luego de la inferioridad del catequizado. Y Roma, que ama los espectáculos de sangre, que no conoce la compasión, que no entiende la palabra humanidad, halla en la muerte el placer de la vida.

(Y tú, Petronio, que en el baño perfumado y envuelto en la armonía de tus cítaras provocas a tu César, que fuera un día tu

dueño refinado y caprichoso. Tú, que invertiste tu sexo para solaz tuyo y del César, tú quisiste morir desafiando las iras de tus dioses. No conociste la piedad del mundo que trajo un hombre genial que fué llamado Dios y que tuvo la fuerza de los siglos en las espaldas y la voluntad de la resurrección en el cerebro.)

La resurrección del hombre creando la bondad, el espíritu del bien, la idea de fraternidad. Esa fraternidad que 1800 años más tarde resurge en los pueblos, dentro de las llamas de la Revolución Francesa. Esa fraternidad que se vuelve real con las ideas modernas que persiguen la conquista del bienestar material para hacer posible la realización de los verdaderos *intereses del alma* y para que «tenga paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa». Para que se realice el amplexo fraterno entre el cerebro que crea y el brazo que produce.

Rodó es cristiano puro. Las iglesias de hoy son las antiguas sinagogas de los Rabí judíos, de aquellos Rabí que condenaron a Cristo en nombre de la ley.

Muere la iglesia, o desaparece, o se transforma, mas la cruz siempre queda como símbolo de sacrificio y de martirio.

El espíritu del cristianismo, para Rodó, queda intacto. El espíritu del cristianismo es la vida interior que fundara el crucificado.

Y por ello llama jacobinismo al anticlerismo bullanguero y necio, a ese liberalismo que nosotros un día fustigamos porque veíamos en él una degeneración del espíritu y un principio de disolución de la moral humana que para implantarse costó sacrificios inmensos, lágrimas y sangre, pero se implantó y quedó en esencia a pesar de las calamidades sin cuento que hiciera sufrir una dominación eclesiástica secular.

¡Ah! el dominio de las sectas. Ellas, que se basan sobre una verdad absoluta, para aplicarlas se valen de los medios violentos para gloria y honor de su credo.

Ese mismo dominio eclesiástico sirve de ejemplo para que Rodó no acepte ningún aherrojador de conciencias. Quiere la libertad del culto interior del hombre, y esa libertad no es una aspiración política del autor de *Liberalismo y Jacobinismo*, sino una aspiración filosófica (por eso combate ese anticlericalismo burdo que se denomina pomposamente «Libre pensamionto» y que falsifica el verdadero sentido de esa palabra) esa libertad debe ser respetada por todos, blancos y rojos — güelfos y gibelinos.

Esa libertad debe ser respetada en nombre de un positivismo razonado, que ha declarado solemnemente su ignorancia absoluta respecto a las cosas del espíritu, y que parte de los fenómenos conocidos sin preocuparse en lo más mínimo del lado misterioso que tiene la naturaleza de las cosas. Sólo cuando se nos quiere imponer el dogma entonces debemos surgir contra el dogma.

Terminó la era de la persecución religiosa, que se sufría desde

caundo esta asumió el papel de poder temporal, debido quizás a una necesidad por el relajamiento ya insoportable de la antigua Roma.

Constantino, que erigió el cristianismo a razón de Estado, obró de acuerdo con sus cánones morales, mas la pequeñez humana de los obispos cristianos divididos entre sí por ambiciones y por ritos, hizo que Juliano (llamado el apóstata) resucitara a sus dioses paganos. Pero ya el espíritu de la nueva religión habíase infiltrado en el alma antigua. La duda y el temor, constituían ya una valla infranqueable, ya se consideraba un sacrilegio los sacrificios humanos, ya se tenía repugnancia a la sangre, el horror ya culminaba en la muchedumbre romana; el horror a lo pasado, el horror ante la vida de ultratumba, la duda del más allá.

Y el cristianismo fué. La religión universal ya estaba en auge. La fraternidad de los pueblos sería un hecho, y el acercamiento de los hombres resuelto espiritualmente. Un paso aún en el camino de la historia y la elevación humana se habría realizado.

¡Ah! las grandes concepciones de los grandes genios. Ellas tienen la virtud de mover la historia, pero no tienen la suficiente fuerza de dominar a los pueblos. No son ellas que trafican con la imperfectibilidad humana, son éstos que asimilan mal las grandes concepciones.

Así el cristianismo triunfante dominó al mundo con el error de la mentira.

Con todo ello, Rodó ama, como Renan, al Cristo humano, grande, fundador del amor, de la piedad y del bien.

Entre tanto pervertimiento, ¿por qué desechar esa noble fe humana y grande? Y nuestro ideal más humano del ideal de Cristo, ¿no es una fe?, ¿no nos lleva a un sacrificio, a una nueva vida, a un amor universal? ¿No luchamos nosotros también para la desaparición de los odios de clases, de nacionalidades, de continentes? ¿No vamos conttra el egoísmo estrecho de los dominadores de pueblos?

Dejemos entonces que las almas místicas como la de Rodó se solacen en la pureza del espíritu y en la fe vislumbrada lejanamente en un sueño aureo, ya que terminó la era de la persecución religiosa.

Sigamos hablando del autor de *Motivos de Proteo* para conocerlo más de cerca, para sentirlo más intensamente, y para amarlo. Hay que pensar en el éxtasis de las intuiciones artísticas. De esas intuiciones que elevan el ser al pináculo de las grandes verdades encerradas en el fondo obscuro del alma inmaculada del artista. En el fondo obscuro de esa alma que sufre por la impiedad reinante, por la ausencia de todo sentimentalismo en sus semejantes, por la falta de comprensibilidad en las multitudes esclavizadas al azar y por la despreocupación de los hombres llamados a regir los destinos comunes.

La decepción del artista se produce diariamente, su vida es un continuo dolor, es un sufrimiento que se agrava día tras día.

Sólo sus horas de ocio son sus amigas. Sólo la soledad reparadora ofrece al artista momentos de expansión y de goce.

Y la muerte después... la muerte que se produce en un átomo en el preciso momento quizás de alcanzar una meta.

Es el destino fatal que persigue a los visionarios, a los buscadores de verdades desconocidas.

A Rodó se le ha negado genialidad.

Y ¿qué es la genialidad? ¿Es algo así como un parto prematuro, es algo sobrenatural en el hombre, es el hombre-dios o el hombre-loco? El analizador, el pragmático, el dialéctico, no es un genio, porque produce conscientemente cosas vistas y palpadas, porque señala defectos, porque corrige errores. Pero si no crea, piensa. Rodó es un pensador, un pensador profundo y grave.

Une a su profundidad la belleza de su estilo, la galanura de su prosa.

Es un artista que ama la vida para quererla vivir intensamente, fuertemente, amorosamente; por ello conserva en su interior ese espíritu religioso que no se separa nunca de él. Ese espíritu religioso que lo hace grande, bueno y noble.

Por ello desea el tipo único latino-americano, que no es el superhombre de Nietzche con su soberbia rocosa, pero que es el tipo perfecto del hombre de cuerpo sano, de mente esclarecida y de alma grande: el hombre futuro.

Va más lejos; abominando de las muchedumbres, quiere formar las multitudes de hombres conscientes y buenos. Las multitudes que no necesitan ser alimentadas por pasiones fuertes para producir gestos de magna justicia. Que la justicia sea espontáneamente. Que la equidad sea ley humana. Que el amor reine un día sobre el mundo, y que América sea la región de las multitudes de hombres que guíen a las multitudes inquietas y desorientadas de las otras regiones del globo.

Es un poeta que canta odas a la vida altiva y digna, y de los poetas es hermano. Si no, ved su cariño por Rubén Darío, a quien amó en vida y veneró después de muerto. A Rubén Darío, su padre espiritual, su hermano en las letras americanas.

Lucha para que mediante la creación artística se transforme la personalidad y se eleve hacia la más alta cumbre.

Llora ante la degeneración artística de su pueblo, de ese artificialismo de los falsos artistas que degeneran las manifestaciones del arte para seguir, serviles, las pasiones del presente.

El también se aisla, pues, para quedar solo con su pensamiento y con su gesto original y único.

Y su pensamiento voló lejos al iniciarse la gran guerra de los gobiernos, de las razas y de los pueblos; su pensamiento voló hacia los héroes de esta inmensa catástrofe, y él, que tanto amara la vida

heróica, al decir de Carlyle, fué hacia los héroes hastiado de la vida impersonal y mecánica de sus gentes.

Y desde el océano inmenso, su vasta mirada de argonauta de la vida, le hizo contemplar la monumental Roma, la Roma de las pasiones desenfrenadas y de las grandes conquistas, la Roma en donde Pablo posó sus plantas y Pedro colocó la piedra secular del cristianismo. Y por Roma dió su voto de Victoria para que sobre los escombros humeantes del pasado surgiera un nuevo Pedro y colocara la piedra definitiva para la fundación del templo universal de la resurrección humana.. Y como Pablo no viera realizada su obra, así Rodó no llegó a la culminación de su ideal.

El fragor de las armas sigue ensordeciendo a los hombres. El tronar de los cañones enloquece a los pueblos y el plomo tritura las carnes y enmudece las inteligencias.

Sobre el capitolio aún no flamea la blanca insignia de la paz.

El pueblo no ha retornado de su refugio tumultuoso, el pueblo aun sigue aguerrido en el Monte Aventino, esperando la hora trágica de la refriega final. La hora trágica de la derrota definitiva de la barbarie, cuando Atila quede sepultado en la noche de los tiempos y Aníbal vuelva a presenciar la destrucción de Cartago.

Y desde el monte sagrado, el pueblo descenderá solemnemente desplegando los amplios pliegues de su insignia y haciendo flamear sobre la eterna ciudad el símbolo supremo de la definitiva redención del mundo.

Santiago Locascio.

Sueño de la Vida

Yo conozco un artista que se hizo pintor porque tal era su vocación.

Era pobre, lo que él sentía poco.

Libre de todo lazo era naturalmente intransigente su personalidad germinante.

Todos sus esfuerzos convergían hacia el ideal. El gozaba la alegría de la existencia; su ser progresaba en armonía. No ganaba ningún dinero. Un día un amante de las artes le compró una tela. Su primer salario le produjo una sensación extraña, equívoca, de rebajas de mancilla. El pudo vencer su repugnancia, pero no confesarse que hubiese equivalencia entre su sentimiento y el precio de compra; la transacción tenía a sus ojos un algo de injusto, de engaño, que no sabía precisar; él guarda una tristeza inconsciente. Lejos de reanimarse, llegó a prostituir su talento; su venalidad le causó un disgusto de que se ridiculizó en lo sucesivo esforzándose al desprecio de sí mismo y de sus semejantes. Un arrepentimiento le quedó entretanto y nosotros tuvimos un día esta conversación:

¿Cuánto vale ese cuadro que pintas desde hace diez años?

—Mil pesos.
—¿Sobre qué te basas para señalar ese precio?
—Sobre nada: vale mil pesos.
—Hace diez años que vendiste una tela por cien pesos.
—Hace diez años yo no era conocido.
—¿Siendo así, el valor de tu cuadro guarda analogía con el conocimiento que se tiene de tu nombre?
—Sí.
—Si alguien te ofreciera dos mil pesos, ¿los aceptarías?
—Sí.
—Si tú cobras dos mil pesos por un objeto cuyo valor es de mil, tú robas a otro mil pesos.
—Mas... si se me ofrece esta suma es que mi cuadro lo vale.
—Me pareces muy fuerte sobre la cuestión de precio. ¿Qué es lo justo?
—No te lo podré decir no habiendo jamás profundizado la economía política.
—¡Oh! Cada economista distinguido (son todos distinguidos esos inventores de genios) tiene una teoría propia respecto al valor; tú no tienes más que elegir. Los unos miden el valor de un objeto según su producción, otros según su utilidad y hay quien los tasa según su rareza; hay quienes se interesan por su belleza y por su cualidad; yo mismo he leído que el valor de las cosas varía según la gente, los países y las estaciones. Por mí creo que es una invención maravillosa al amparo de la cual se roba honestamente al prójimo.
—¿Te parece injusto que se saque algún beneficio del trabajo?
—Absolutamente.
—Entretanto es preciso ganarse la subsistencia trabajando.
—¡No es menos envilecido!
—Tú quieres que se trabaje de balde.
—Sí.
—Entonces, nadie querrá ejercer oficio alguno.
—¿Estás bien seguro?
—¡Diantre!
—Así tú, ¿por qué trabajas?
—Para comer... Es preciso el dinero para vivir.
—Si tú tuvieres de qué comer, es decir, si no te faltara dinero para vivir, ¿no pintarías ya más?
—¡Oh! Yo trabajaría lo mismo, porque yo amo mi arte; yo tengo proyectos de bellas obras... ¡No pintar más!... Al contrario, yo emprendería entonces...
—¡Alto, alto ahí!... ¡Cuánto entusiasmo!... ¿Olvidas que nadie compraría tus obras maestras?...
—He ahí lo que importaría muy poco.
—Y a los que quisieran ver esas bellas obras, a los que te suplicarían se las enseñaras para recrearse; ¿les permitirías visitarlas?

—Claro. ¿Por qué no? Esos serían mis amigos desde que apreciarán mis obras.

—Actualmente, ¿crees que los que compran tus obras son los que las aprecian?

—¡Oh! Demasiado sé que regularmente las adquieren por vanidad o especulación.

—¿Y a tí te parece eso loable?

—No, por cierto; eso es innoble y absurdo, pero es así que vivimos.

—Eso cambiará.

—¿Crees?

—Ciertamente. Cambiará cuando muchos hayan comprendido que es innoble y absurdo vivir como vivimos.

—Yo comprendo que los artistas no piden trabajo sino por y para el arte; pero, ¿y los obreros?

—Los obreros son, como los artistas, como son todos los hombres: ellos aman consagrar las fuerzas de su inteligencia o de sus músculos siguiendo los impulsos de sus aptitudes; un carpintero encontrará tanto placer en hacer una mesa como un buen cuadro; y él estará expresivo y gozoso si esa mesa satisface a alguno de sus amigos. Así sucederá en toda clase de trabajo. Cada cual anhelará demostrar su capacidad. El jardinero será tanto más feliz por los frutos que habrá sembrado cuánto tú los encontrarás más sabrosos; los cultivadores estarán tan gloriosos de sus mieses como los músicos de sus partituras, como los fotógrafos de la nitidez de sus retratos, como los criadores de la esbeltez de sus potrillos, etc.

—Que se siente menos placer y que se hace menos cuando se trabaja por el dinero, o por la fuerza (lo que es sinónimo) es algo que no necesitas demostrarme; pero, ¿cómo se pasará sin dinero? ¿cómo me arreglaré yo si se me niega el alimento?

—Los hombres no producirán entonces más que satisfacciones para amigos. ¿Qué es una sociedad en que se vive en perpetua competencia, en que se hostilizan los unos a los otros, en que todos los individuos son enemigos? Es la barbarie, como puedes constatarlo cada día. La sociedad verdadera sólo existe en la comunidad. Nuestra sociedad no es tal sino en proporción a sus grados de comunidad. ¿Qué solidaridad puede subsistir entre las multitudes no habiendo nada común?

—En efecto, el dinero destruye toda fraternidad.

—Que la degradante preocupación de enriquecerse a expensas de los otros se extinga y verás desaparecer tras ella las bajezas y la corrupción, todos los sufrimientos y todos los crímenes que ocasionan el hambre y el lujo. Para alcanzar esa situación es necesario que los hombres se emancipen de los poderes extraños no teniendo más dueños que sus amores y sus pasiones. Cuando se habrán suprimido todos los códigos, todos los impuestos, todos los billetes de banco y la gente de leyes y de autoridad no existan, los amigos no tendrán más que estrecharse la mano y decirse recíprocamente: "Haz lo que quieras."

Ludovico Malquines.

La tiranía del estado

I

El derecho de propiedad, nace como consecuencia de un cierto esfuerzo del individuo dirigido a la conquista de un objeto sin perjuicio de la igual libertad.

La tierra como las aguas y el aire no es el fruto de un trabajo humano, por consiguiente no puede ser apropiada sin violar la ley de justicia.

El sistema de la propiedad privada de la tierra, entraña la esclavitud moderna bajo la forma del salariado. Los poseedores son los amos; los proletarios son los esclavos. Sin considerar el aspecto ético de este estado de cosas, miremos su influencia primero sobre los no poseedores y después sobre los capitalistas.

El proletario sufre hambre, enfermedades y una muerte prematura porque toda su energía debe converger a un fin único: ganar el sustento. Por esta misma razón, a despecho de la más magnífica constitución mental y física, está condenado a no elevarse mucho por encima de la animalidad.

En suma, por el hecho de estar desposeído de la tierra presenta estos dos caracteres: no es feliz, y su espíritu no evoluciona o lo hace muy lentamente.

El hombre sano, que puede disponer de la tierra o sea que no está sujeto a la intemperie ni al hambre, ni a las usurpaciones ni a las ofensas de los demás, y que tiene una compañera afectuosa, está contento de vivir y su perfeccionamiento es ilimitado, espontáneo, rápido y estable.

Este hombre sano es fisiológicamente el más apto, y bajo el régimen de la igual libertad debía triunfar, pero despojado de la tierra y de los instrumentos del trabajo, es fácilmente vencido por el accionista indolente, lleno de vicios y enfermo. De este modo el progreso de la raza se ve detenido.

De otro orden aunque no menos graves son las consecuencias que sobre los burgueses tiene el sistema de la propiedad de la tierra.

La admiración por el poder y el desprecio por lo que está sujeto y no puede dar nada de sí, se dirige ahora a lo que en nuestro estado social es el símbolo del poder o de la impotencia. Este símbolo es la riqueza o la indigencia. Así sucede que la gran consideración otorgada a la riqueza y a la ostentación de ella, hace nacer en todos un amor extremado por ella. Claro está que

esto implica que actualmente el hombre tiene su más poderoso incentivo en el aplauso de sus semejantes, y así es, en efecto, como se sabe.

El afán de enriquecerse conviértese así en la pasión dominante en cada burgués y lo lanza en luchas y agitaciones continuas y en sacrificios morales y físicos.

No hay cosa que asuste más al burgués que la perspectiva de atraerse el desprecio de la opinión social. Por evitarlo se impone cada día mil torturas, lo sacrifica todo si es preciso. Bajo una disciplina social semejante ¿qué debe esperarse? Los individuos se degradan. La salud física es tan delicada que exige continuos cuidados. Son incapaces de los placeres que procuran las emociones tiernas y generosas, porque no pueden experimetarlas, pues han debido sacrificar todos sus sentimientos a las exigencias sociales. Refinado y exaltado su egoísmo, deben todavía consumir sus fuerzas para responder a las injusticias y usurpaciones que sobre cada uno pueden cometer los otros. En resumen, en estos individuos desde que llegan a la edad de adultos hay regresión mental y física. El progreso de la raza está impedido.

II

Las restricciones que el Estado impone a la libetad de trabajar y de cambiar tocan a todos los habitantes de la nación. A todos quitan una parte de sus productos o fuerzan a realizar un esfuerzo gratuito, todo lo cual da por resultado una disminución en las satisfacciones personales y un atraso en la evolución psíquica. Hay que tener presente que estos males recaen con mucha mayor intensidad sobre el proletario. Omito reproducir una demostración demasiada conocida.

Esto ocasiona, estas rectricciones injustas pero legales; a ellas hay que añadir las ilegales y las que tienen su origen en los abusos y en la inmoralidad de los gobernantes. Su estrago directo e indirecto no es fácil de medir, pero ha de ser grande ¿no es cierto?

III

La instrucción pública monopolizada por el Estado no sólo es opuesta al progreso intelectual de cada ser humano por el hecho de la uniformidad que existe en todos los establecimientos de educación; — uniformidad que hace imposible el progreso por selección; — sino que, parte por ignorancia de los legisladores, parte por el temor de la clase que gobierna y hace trabajar, buen número de supersticiones y errores se inoculan al alumno, al paso que nada se le dice sobre verdades importantísimas. El hecho de que se de una educación que necesariamente debe tender a la conservación de un sistema social desastroso, prueba incontestablemente que un gran daño recae sobre los individuos todos; daño

muy atenuado es cierto para los que, dueños del poder, tienen en su capacidad para imponer un sistema escolar y designar profesores, hacer construir edificios, etc., un medio nada despreciable de emcumbrarse.

Esta, como todas las demás formas de la tiranía del Estado, se presta a investigaciones inacabables que para nuestro objeto está demás emprender; porque de antemano sabemos con toda seguridad que todas ellas han de dar por resultado común que en cada caso el daño era mucho más grande del que se había imaginado.

Otra consideración más, nos exime del trabajo de dar una explicación acabada del encadenamiento de las consecuencias de cada forma de acción del Estado para mostrar hasta qué punto es perjudicial y merece ser destruída. Como lo observa Spencer, "la mayor parte de las personas, lo mismo en los asuntos públicos que en los negocios privados, supone que las cosas van bien hasta que se prueba que van mal, mientras que la suposición debiera ser que las cosas van mal hasta que se pruebe que van bien".

Y precisamente los que son optimistas tocante al funcionamiento de las instituciones, siéndolo por lo tanto respecto a la naturaleza humana en general, son quienes menos pueden objetar en contra de la instauración de una forma de sociedad más elevada, la maldad, la ausencia de rectitud y la estupidez del hombre. Porque si estas imperfecciones existen, es claro que no podrá menos de traducirse en un conjunto de corruptelas e injusticias en todas las reparticiones del Estado.

¿Alguien ha intentado demostrar los buenos efectos de la propiedad de la tierra, de las restricciones a la libertad de trabajo y de cambios, de la educación por el Estado, y de la intervención del mismo en materia de construcciones, religión o beneficencia? Y si alguien lo ha intentado ¿tuvo éxito? ¿Resisten sus argumentos a un análisis científico?

IV

Diremos dos palabras respecto a la inicua restricción a la integridad física y a la libertad de amar. La mujer que disgustada de su marido o porque no le estima y ama a otro, le abandona y luego se ve por la fuerza reducida a uñírsele nuevamente, a hacer un sacrificio de su individualización, contrario a su voluntad, sufre un atentado contra su integridad física que nada puede justificar. En efecto, no podría pretenderse que el Estado no hace más que mantener el cumplimiento de los contratos. El contrato matrimonial es inválido por la misma razón que lo sería aquel en que un individuo cediese a otro mediante ciertas condiciones, su derecho a la vida. La legitimidad ética de los contratos estriba en que sean corolarios de la ley de justicia o de igual libertad y es claro que cesa en cuanto se le oponen.

Aunque no fuera más que por la perversión que en la manera como el vulgo aprecia la conducta, introduce el hecho de que con asentimiento general exista esta forma del porder del Estado, bastaría para aprobar el propósito de eliminarla.

V

En estos últimos tiempos ha habido un resurgimiento de la restricción a la libertad de pensar, provocado como es notorio, por la amenaza de una gran revolución. Esta injusticia no recae más que sobre los revolucionarios exaltados, pero en verdad ellos la sufren con alegría pues les proporciona, en la nobleza de inspirar simpatía y respeto hacia su ideal a los que todavía no lo comparten.

VI

Hasta ahora no hemos mencionado más que los males que el individuo recibe del Estado en tanto que éste viola le ley de justicia, habría que agregar los que le acarrea en su naturaleza de escuela de inmoralidad. Como es sabido las ventajas que resultan de ser funcionario, son cosas que atraen a gran número de personas, a menudo con tal fuerza que van por grados resignando escrúpulos y familiarizándose en el arte de adular y mentir como medios de alcanzar el poder. Y una vez dueños de él ¡cuántas tentaciones irresistibles!

Otras veces se trata de captarse la voluntad del gobernante para obtener concesiones.

Así aumenta la inmoralidad media de la nación, repercute sobre cada uno de sus miembros.

VII

La necesidad de la guerra creó al Estado, y ahora resulta que el Estado mantiene la necesidad de la guerra. En efecto, en la época actual, ningún pueblo tiene interés en apoderarse del territorio de otro: pero la clase que gobierna sí. A veces decreta guerras ofensivas porque quiere más riquezas o más prestigio o una y otra cosa. La posibilidad de estas guerras ofensivas hace necesario el ejército permanente, en previsión de cualquier ataque exterior.

Como se sabe, estos ejércitos son un flagelo espantoso para todos los individuos de la nación, excepto para los de las clases dirigentes. Para ellas son fuente donde sacian una de las formas de su vanidad, o son un medio de "hacer camino en el mundo", o son como últimamente, una garantía de su tranquilidad, vale decir de su propiedad, de su privilegio, de su parasitismo.

Sin contar con la contribución de tiempo, energías, salud y sufrimiento, que para atender a una amenaza de guerra — o para practicar el bandolerismo internacional — el Estado impone a los

individuos sin contar con esto que ya fué incluído (II) entre las restricciones a la libertad de trabajar y de cambiar, queda un perjuicio inmenso que considerar. El ocasionado por la disciplina militar.

Los espíritus que tienen disposiciones para vivir bajo esta disciplina, que desgraciadamente son la gran mayoría, no pasan por ella sin aumentar deplorablemente su caudal de perversión y estupidez moral. Sin que precise leer el libro de A. Hamon. (*Psicologie du militaire profesionel*) cualquiera que tenga un poco de inteligencia sabe cómo y porqué la disciplina militar tiende poderosamente a desarrollar en el individuo los instintos antisociales, el espíritu autoritario, la violencia, el egoísmo más bajo y el aniquilamiento de todas las delicadezas de la sensibilidad y de la simpatía. Desarrolla una psicología enteramente opuesta a la que es indispensable para el progreso individual y social.

En cuanto a las naturalezas elevadas, que sometidas al régimen militar se conservan puras, no pueden librarse de una disminución en su intensidad vital ocasionada por sus sufrimientos y por la pérdida de su libertad.

Julio Molina y Vedia.

Un mensaje de Gorki a los intelectuales del Mundo

LONDRES, Abril 23. — El corresponsal de "The Manchester" en Moscú trasmite el siguiente mensaje del gran escritor eslavo Máximo Gorki, dirigido a los intelectuales del mundo entero:

"Hermanos: ha llegado la hora más trascendental para la humanidad. De vuestro empeño, de vuestra comprensión del momento y de la valentía que pongáis en la afirmación de sus principios, depende el éxito de la cruzada contra la prepotencia y el desborde insolente del régimen imperialista que asola al mundo.

"Es necesario permanecer firme en la brega y es necesario que cada uno y todos mis hermanos de ideas, depongan las pequeñeces y los sofismas literarios, que son perfectamente inútiles en este instante, para coincidir con un sólo frente ideológico a la culminación de un anhelo unánime en las conciencias honradas y viriles.

"No dejéis en el desamparo a vuestros hermanos de Rusia, que luchan con fervor incomparable, por la liberación definitiva del hombre y el cese de la injusticia sobre la tierra."

Damos traslado de este mensaje a los Justo, Dickmann, Di Tomaso y otros del famoso partido socialista de nuestros pagos para que se decidan a suspender la prosa anodina y meliflua que emplean en contra de los principios integrales del comunismo.

El alma de los mineros

Por las gargantas del Andes, sin miedo a la ventisca ni a los vientos ignorados, los mineros atraviesan la cordillera. Van de a pie como en los tiempos primitivos, o se aventuran en acémilas de largo alcance. Marchan silabeando un cantar. — ¿Silabeando? — preguntará alguien: y tal es la palabra. Son canciones melancólicas donde las sílabas y palabras se alargan en dolientes variaciones.

Con sólo el melódico romance, el viajero ya va acompañado. ¿Acaso en la trova no palpita un corazón de hermano, o se queja y suspira un alma de mujer?

Quien oye esos cantares no los olvida nunca. Su amargura y su pasión nos estremecen las vértebras y nos tocan el alma hasta humedecernos los ojos. Si queremos repetirlos, — eso esí, — hay que ser de la tierra y de la estirpe, porque, de lo contrario, la tonada se torna inasible y evanescente... ¿Cuál, la clave y el milagro de estos aires, al parecer monótonos, y, sin embargo, ricos de armonía y de pasión? He aquí uno de los problemas de la música argentina; pero esto merece capítulo aparte. Por ahora, ahí pasan los mineros, hombres de recia contextura y espíritu romántico. Viéndolos así, nos imaginamos que son hijos de la montaña fecundada por el sol, en un bello abrazo de gigantes.

¿Y el espíritu de estos hombres? Nada más generoso y amplio. De tarde en tarde bajan del cerro, hasta las villas cercanas, á tirarlo todo en las juergas y en la mano de los pordioseros. Nada significa que para ganar sus dineros hayan expuesto cien veces la vida; ellos los gastan con el dispendio de los príncipes y el lirismo de los poetas; y cuando lo tiran todo, retornan cantando a la mina.

Emotivos a cual más, se casan por amor; sin cálculos ni requisitorias; o raptan a la mujer de sus antojos, y se la llevan al hombro hacia las mesetas libres. ¡Pobre de quien se interponga! Porque retan y embisten sin miedo. El alma sensitiva y franca se yergue entonces amenazante, y nadie es capaz de contenerlos.

La psicología de los pastores, arrieros y rastreadores es distinta a la de los demás mineros. Estos tienen su mester de joglería, quejumbroso y elocuente. Tienen decires propios; una tonada distinta en el hablar; un ritmo y una elegancia varonil para los bailes epónimos de la montaña.

Creen en númenes panteístas, y en leyendas y prejuicios forjados por ellos mismos. Poseen su moral, candorosa y buena; su

poesía, su música, sus penas y amores. Miran y hablan claro si retan o enamoran, y desconocen por completo la ironía. En una palabra: son almas con estilo. ¿Cuál es el origèn de esta sentimentalidad?

II

En mis andanzas por los valles andinos me asomé al espíritu de los mineros, como quien se acoda en la alberca y mira en el fondo. Evocaré a uno de ellos en cuyo temperamento estaban las modalidades de sus compañeros. Se llamaba Ramón Ruarte. Alto, moreno, romántico. Bajaba a las tierras de Andalgalá, ataviado de rica manta de vicuña, y cabalgando una mula negra. Yo también me dirigía a la feria famosa, y en el largo camino, no tardamos en hacernos buenos amigos.

El mozo, con la franqueza que es prenda infaltable de gentes de su oficio, me abrió las puertas de su espíritu, y los secretos de su raza.

Luego de los prolegómenos necesarios, le pregunté:

—¿Por qué los mineros son así? Tiran el dinero y exponen la vida con la misma valentía...

—Es que los mineros nacen y no se hacen, — me respondió. — Venimos al mundo con el destino y el oficio; y no bien estamos en edad de romper piedras y buscar oro, nos vamos derecho al destino y al oficio. Nadie nos detiene. Vamos al cerro, bajamos al fondo de la mina, con una antorcha en la mano y en la otra el barreno, el martillo y el morral. Golpe tras golpe batimos y quebramos la peña hasta encontrar la veta. Lejos quedan los pueblos, los campos, el sol. La mina es un mundo sombrío y áspero, en cuyo misterio duerme el mineral. De los metales, ninguno más huraño que el oro; tiene un dios, un genio aparte.

—¿Qué significa eso? — interrogué con curiosidad.

—Voy a explicarle. Llegan momentos en que abandonamos las prendas de trabajo, y nos alejamos del socavón donde en vano buscamos buen mineral. En la negra galería no anda nadie; los compañeros trabajan lejos, en procura de otras vetas. Momentos de desilusión son éstos, y pedimos ayuda al dios del oro. Instantes después oímos con asombro que alguien golpea en el sitio abandonado por nosotros. ¿Pero cómo puede ser? Aquello es imposible. A nadie dejamos ahí, y, sin embargo, un compañero, armado de barreno y de martillo, rompe la peña. Un calofrío nos eriza el cuerpo, pero volvemos caras, nos internamos nuevamente en el socavón y no hallamos a nadie. ¿Quién fué? Solamente el dios del oro, que nos avisa de una veta próxima. Tomamos nuevamente las herramientas, damos tres o cuatro golpes en el granito y aparece el metal. Sí, señor, — continuó Ramón Ruarte, — el oro tiene un genio que lo cuida; y hay que estar en gracia de ese genio, para realizar buena tarea. Hubo compañeros que insultaron al dios

del cerro y perecieron ahogados por imprevistas corrientes de agua. Y son las almas de esos mineros las que nos chitan y silban mientras trabajamos.

—¿Es posible, amigo mío? — dije a mi compañero.

—Tal como oye,señor. Pero si no somos generosos, si no somos valientes, si no sufrimos el dolor y amamos el amor como hombres de ley, el dios del oro no nos ayuda y andamos mal.

Quise sonreír de las palabras del minero, pero me contuve, frente a la austera melancolía de su rostro y al aplomo de sus creencias. Busqué, por el contrario, en el símbolo y en la leyenda, la verdad. ¡El dios del oro! ¿No véis en ese duende, en ese númen caprichoso y todopoderoso, la síntesis de la vida, en el fondo de las minas? Deberán ser valientes, generosos y románticos para merecer su auspicio; y así son los mineros.

Imaginad a esos hombres internados en el corazón de la montaña. La noche sin principio ni fin, les rodea. El misterio, les palpa con sus manos frías, las espaldas. La piedra rebelde les opone resistencia, hasta que, al fin, cede y se desploma con estrépito. Salta el mineral, asoma el oro hecho de sangre y de fuego; y a la luz de las antorchas, descúbrense en la peña, pupilas coruscantes. Mas, no importa. ¿Acaso los mineros no son valientes? En sus manos está ahora el rubio metal, el poderoso señor que empuja al mundo. Lo manejan sin consideración, y lo arrojan a un lado con ufanía y orgullo. Nace de aquí la prodigalidad de estas gentes, acostumbradas a pisar tesoros y perforar cordilleras.

De la mina salen a la luz del sol, y bajan a las villas cercanas. Llevan la escarcela abundante y sediento el corazón. Antes de llegar, improvisan coplas y cantares, y al penetrar en las juergas, entran con el aplomo y el aire de hombres libres. Allí, los trabajadores se tornan poetas y músicos; y mientras bailan, arrojan a los pies de la amada los dineros y la manta de vicuña a modo de flores.

Después, ya lo sabemos: casan por amor, o roban por amor a la mujer de sus antojos. Y se van silabeando un cantar apasionado; y todo el valle se llena de heroísmo y romanticismo: son los mineros...

César Carrizo.

El alba roja

"En 1882 escribía Rubén Darío lo que se leerá a continuación: He encontrado esta olvidada página entre papeles viejos de la Biblioteca Nacional de Costa Rica. Interesante de por sí, es lo que bien pudiéramos llamar una profecía. — El poeta, el vate, llegó a entrever la vasta Revolución social y política que con brotos rojos — ¡albá! — se inicia por todo el orbe. — **Alemany.**

¡Oh, señor!... El mundo anda muy mal: la sociedad se desquicia. — El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra. — ¿El pez grande se come al chico?... ¡Sea!... Pero pronto tendremos el desquite... El pauperismo reina, y el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición. — Nada vale ya el oro miserable. — La gente desheredada es el rebaño eterno para el eterno matadero.

¿No ve usted tanto ricachón con la camisa como si fuera de porcelana, y tanta señorita estirada envuelta en sedas y en encajes?... Entretanto, las hijas de los pobres, desde los catorce años, tienen que ser prostitutas. Son del primero que las compra. — Los bandidos están posesionados de los bancos y de los almacenes. — Los almacenes son el martirio de la honradez; no se pagan sino los salarios que se les antoja a los magnates, y mientras el infeliz logra comer un pan duro, en los palacios y casas ricas los dichosos se atracan de trufas y faisanes. — Cada carruaje que pasa por las calles va apretando bajo sus ruedas el corazón del pobre... Esos señoritos que parecen «grullas»; esos rentistas cacoquimios y esos cosecheros ventrudos son los ruines martirizadores.

¡Yo quisiera una tempestad de sangre!... ¡yo quisiera que sonara ya la hora de la rehabilitación, de la justicia social... ¿No se llama «democracia» a esa quisicosa política que cantan los poetas y alaban los oradores?... Pues ¡maldita sea esa democracia!... Eso no es democracia, sino baldón y ruina!

El infeliz sufre la lluvia de plagas: el rico goza. — La prensa, venal y corrompida, no canta sino el invariable salmo del oro. — Los escritores son los violines que tocan los grandes potentados .

Al pueblo no se le hace caso. Y el pueblo está enfangado y pudriéndose por culpa de los de arriba: en el hombre, el crimen y el alcoholismo; en la mujer, la prostitución: así la madre, y así la manta que las cobija...

Conque ¡calcule usted! — El centavo que se logra, ¿para qué debe ser sino para el aguardiente?...

Los patrones son ásperos con los que les sirven. — Los patrones, en la ciudad y en el campo, son los tiranos. — Aquí, le aprietan a uno el cuello; en el campo, insultan al jornalero: le escatiman el jornal, le dan a comer lodo y, por remate, le violan a sus hijas. — ¡Todo anda de esta manera!...

Yo no sé cómo no ha reventado ya la mina que amenaza al mundo, porque ya debía haber reventado. — En todas partes arde la misma fiebre: el espíritu de las clases oprimidas se encarnará en un implacable y futuro vengador. — ¡La onda de abajo derrocará la masa de arriba!... La «Comuna», la «Internacional», el «Nihilismo», eso es poco: ¡falta la enorme y vencedora Coalición!...

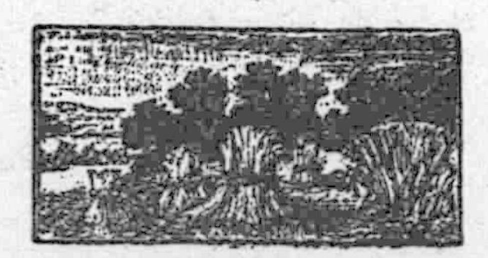
Todas las tiranías se vendrán al suelo: la tiranía política, la tiranía religiosa. — Porque el cura es, también, aliado de los verdugos del pueblo. — El canta su «Te-Deum» y reza su «Paternoster», más por el millonario que por el desgraciado...

Pero los anuncios del cataclismo están ya a la vista de la Humanidad, y la Humanidad no los ve o no los quiere ver: ¡Lo que verá bien será el espanto y el horror del día de la Ira!...

No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal Venganza: ¡habrá que cantar una nueva Marsellesa que, como los clarines de Jericó, destruya la morada de los infames!...

El incendio alumbrará las ruinas... El cuchillo popular cortará los cuellos y vientres odiados; las mujeres del pueblo arrancarán a puñados los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas; la planta del hombre descalzo pisará la alfombra del opulento... y el cielo verá, con temerosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores; la venganza suprema y terrible de la miseria borracha!...

Rubén Darío.



EL PROGRESO MODERNO

UNA SOCIEDAD ANONIMA DE IDEAS

Subvencionada por varios gobiernos, y apoyada por personalidades opulentas y bien pensantes, asoma, bajo el título de estas líneas, una gran sociedad internacional destinada a hacer sentir su acción tanto en América como en Europa.

He aquí los estatutos:

Artículo 1.° La «Sociedad Anónima de ideas» tiene por objeto proporcionar a los señores socios que la constituyen, las ideas necesarias para la existencia y velar por la mejor conservación de las que circulan.

Art. 2.° La sociedad tendrá un anexo, donde se repararán las ideas gastadas y se pondrán tacos y medias suelas a las que estén fuera de uso.

Art. 3.° Sólo podrán circular aquellas ideas que no estuvieren prohibidas por la ley y que autorice la Junta Directiva.

Art. 4.° Para facilitar las operaciones, se dividen las ideas en dos clases: las «hereditarias» y las «oficiales».

Las primeras son aquellas que tienen prestigio tradicional y que son aceptadas por todos. Las segundas son las que vienen garantizadas por la autoridad competente.

Art. 5.° Serán toleradas las ideas personales, a condición de que no se diferencien en nada de las corrientes.

Art. 6.° La sociedad se reserva el derecho de transformarse en «trust» si se presenta una ocasión favorable.

Art. 7.° De los gastos e ingresos se hará un balance al fin de cada mes, y si queda un sobrante de ideas, será para los pobres.

Art. 8.° Se abrirá un registro general donde se inscribirán las ideas por orden alfabético.

Art. 9.° La sociedad tendrá a la disposición de los señores autores y periodistas un depósito de ideas esterilizadas.

Art. 10. Con el fin de salvaguardar las tradiciones de cada país, queda prohibida la importación y exportación de ideas.

Por la copia::

Manuel Ugarte

EN EL BOSQUE

Me encuentro solo, rendido, excitado por una jornada de dos horas a través de paisajes hermosísimos.

Mi cuerpo pide descanso. Dejo el fusil y me siento. Aquí, sobre este césped, mis carnes hallarán reposo, olvidaré la fatiga, tal vez la tristeza.

Es magnífico el espectáculo que ante mí se ofrece.

¡Qué árboles más altos! Parecen prados sus copas. Son los gigantes del mundo. Ha mucho tiempo que habitan libremente en estas soledades. Nadie los amenaza. Aún no ha pensado el hombre en quebrantar su fortaleza. Lluvias torrenciales mitigan su sed. El viento barre de sus brazos el polvo de la tierra. Son fuertes y robustos. Alegran el planeta, llenan de placer mi vida.

¡Qué hermosos son los árboles! He aquí éste, parece un milenario. A su sombra puede cobijarse una caravana. Tiene madera suficiente para construir un palacio. Vale él solo por ciento. La madre Naturaleza debe adorarle.

Y yo también le adoro.

Yo también contemplo su esbeltez, su corpulencia, lo largo de sus ramas, el verdor de sus hojas, su juventud, en fin, de cien años.

Y extiendo con ansia la vista, y distingo otros muchos igualmente lozanos, y también los odoro, también admiro su gallardía.

Forman entre todos un bellísimo bosque lleno de ensueños, de encantos, sin par, alegre, que habla, sonríe y murmura con el soplo acariciador de la brisa, y grita furiosamente cuando el vendaval le azota.

Yo amo mucho el bosque. Abrupto y salvaje es para mí el germen de la existencia. No comprendo la vida sin él. Las ciudades creadas sobre inmensas planicies me hastían, me causan nostalgia. Quisiera que los hombres se agrupasen en viviendas independientes, separadas unas de otras por gentiles árboles, no encerrados en el ambiente mefítico de sus actuales prisiones.

Los bosque purifican la atmósfera, llenan de oxígeno el pulmón, elevan las ideas, moderan las pasiones. Hacen al hombre sano, poderoso, viril. Danle conciencia de su valor. Son el símbolo de la libertad.

Ya anochece. Ya el sol no dora el horizonte.

Forzoso es marchar.

Adiós, árboles amigos. La noche es peligrosa entre vosotros, no obstante le protección de mis armas.

El hombre es aquí el señor del día; la noche la esclava de las fieras.

Aquél y ésta buscan en vuestra soledad calma para sus penas, lecho para su cuerpo, sangre que aliente su vida.

Ambos enaltecen vuestra virtud, ambos os aman. Pero el hombre y las fieras no comparten nunca dolores ni alegrías; jamás se buscaron si no fué para destruirse.

La piel del tigre sirve para adorno del hombre; las carnes de éste para alimento del tigre.

Mi voz, ahora compartida con vosotros, no tardará en ser substituída por tremendos rugidos.

Es el eco de la lucha por la vida de esos pobres carnívoros, que harían con mi carne un festín. Yo les amo, les amo porque son libres; pero... ¿dónde está mi fusil, por si acaso se acercan?

F. Herrero Vaquero.

El comunismo en Italia

Milán, abril 25. - Al final de un mitin revolucionario efectuado ayer en esta capital, tomó la palabra Enrico Malatesta, diciendo:

"Compañeros: Ha llegado la hora de la redención del proletariado italiano. La transformación política y social ha de ser radical y no pararemos en dificultades para salvar al pueblo de la voracidad capitalista que lo ahogó en sangre en la última guerra.

"Nuestra experiencia revolucionaria nos aconseja proceder con cautela, dando la organización comunista paulatinamente por zonas y según el grado de preparación alcanzado.

"Los distritos industriales del norte del país, han de servir de modelo, buscándose al mismo tiempo, dentro de la característica de cada localidad, de aprovechar la experiencia adquirida por los soviets de nuestros hermanos los rusos."

BIBLIOGRAFÍA

«EL HOMBRE ES BUENO», de Leonhard Frank. Traducción de Augusto Bunge. Editorial Pax. Buenos Aires, 1919.

Stirner rueda por las páginas del libro de Frank, Stirner hecho carne en Roberto, el mozo de café que se sacrifica todo por su hijo, que a los veinte años cae en el campo del honor. El honor, una palabra vana, una mentira infernal, la absoluta nada.

Los soldaditos de plomo de su hijo, los sablecitos, las escopetitas, que amontonadas estaban en el cuarto vacío de su único bien, siguen allí amontonados.

¿Para qué? Para caer en el campo del honor, para rodar en la nada... para ser desalojado después de la vida como una cosa inservible e incómoda.

Y el padre se vuelve insensiblemente asesino del hijo, del hijo que ama con amor homicida.

«El que educa a un niño inocente de tal modo... el inocente así educado, cuando tira sobre un inocente igualmente mal aconsejado, ¿no se vuelve asesino?»

Y la viuda de la guerra que sacrifica a su hombre en el altar de la patria, palabra que no concibe ante su viudez y su existencia desolada.

«He sacrificado a mi hombre en el altar de la Patria, lo he entregado para la defensa del hogar nacional; ha caído en el campo del honor, para que este puerco mercachifle pueda seguir no más vendiendo su café al más alto precio que pueda».

Y la guerra, y la patria engorda a los puercos que se revuelcan en el lodo de la maldita riqueza adquirida entre el fragor del combate, entre los ayes de los heridos, entre el dolor de las madres y la estúpida satisfacción de los Generales...

Y el altar de la Patria se vuelve una innoble mesa de juego donde un taimado tahur juega con la vida de millones de hombres y con la honra de millares de mujeres lanzadas al arroyo a merced de las olas tumultuosas de las pasiones desenfrenadas.

«La Patria es una callejuela, en la cual cuando niños hemos jugado a la tarde; es un círculo de mesa suavemente alumbrado por la lámpara; es la vidriera del almacén de la esquina; la patria es en el jardín el nogal, cuyos frutos hemos esperado; es un pedazo de río, la curva de un pedazo de río; la patria es una

> *puerta de madera obscurecida por los años; un angosto sendero que conduce a la ciudad. es el olor de las manzanas asadas al horno; es un paseo tradicional, las notas de una triste canción, el tañido de las campanas parroquiales... No el Estado — la organización de la mentira, violencia, poder y autoridad — es la patria un amable recuerdo de minutos infantiles, el recuerdo de las miradas de la madre buena que sueña en nuestro porvenir con un sueño embellecido por la esperanza lisonjera.»*

Y la viuda de la guerra odió al altar de la patria y como una furia vengadora abrasó en llamas el reducto misterioso.

Y la Madre del soldado, acompaña al hijo al cuartel, para de allí pasar a la trinchera.

La madre del soldado sigue al hijo como a una visión fantasmagórica, lo sigue en el peligro constante de su vida, y cuando en sus trágicas visiones le parece haber salvado su hijo de un inminente fin, respira y suspira.

> *«La madre ha aprendido a gemir sin voz, porque si se volviera sonido su gemir y el de todas las madres, toda Europa resonaría día y noche sin interrupción, en aullantes, sordos quejidos, para los que ningún idioma ha encontrado palabras».*

¿Para qué hablar más de la madre del soldado?

Ella gime, ella ríe, ella llora. Es el sufrimiento eterno, es la alegría de un segundo.

La madre es el dolor de la guerra.

Y los amantes son el martirio eterno. Los amantes se vuelven asesinos a su vez por el dolor del amor.

Es el ansia del vivir que empuja a los amantes a dar coraje al soldado en la trinchera, es el egoísmo del amor que conduce a la insensibilidad de la muerte.

Y los mutilados de la guerra son todos, todos: Padre, esposas, madre y amantes, todos, porque todos han perdido el principio de la piedad y del amor universal.

Cuando ya la guerra sea imposible, el hombre será bueno y la *«Revolución estará escrita en la frente de los hombres».*

Leonhard Frank ha escrito el más grande de los libros del siglo. «Libro extraño y visionario de gran poder de fascinación, y, sin embargo, con mucho de enfermizo», como dice Bunge, su traductor.

Es la humanidad enferma, extraña y visionaria; y el libro de Frank es el libro de la vida real y tremenda. S. L.